

Manuel Coronado



EN BUSCA DE LO ESENCIAL

Enseñanzas del Principito

Serendipity

DESCLÉE DE BROUWER

Manuel Coronado

EN BUSCA DE LO ESENCIAL

Enseñanzas del Principito

Desclée De Brouwer

© Manuel Coronado, 2026

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2026

Henao, 6 – 48009 Bilbao

www.edesclee.com

info@edesclee.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain

ISBN: 978-84-330-3990-3

Depósito Legal: BI-00094-2026

Impresión: Grafo S. A. - Basauri

*A todos los adultos
que comprenden la vida
de los niños*

*Había una vez un Principito
que habitaba en un planeta apenas más grande que él,
que tenía necesidad de un amigo...*

ÍNDICE

Introducción: Cuando yo tenía seis años	11
1. Es un sombrero	27
2. Dibújame un cordero.	39
3. ¿Qué es esa cosa?	53
4. Debo haber envejecido	61
5. Cuidado con los baobabs.	67
6. El motivo de tu melancolía	83
7. ¿Para qué sirven las espinas?	91
8. Precisamente cuando salía el sol	97
9. Trata de ser feliz.	103
10. ¿Sobre qué reináis?	113
11. ¿De qué te sirve?	121
12. ¿Por qué bebes?	125
13. ¿Millones de qué?	129
14. ¿Hubo cambio de consigna?	137
15. ¿Qué es ese libro tan grueso?	145

16. Un espectáculo espléndido	151
17. ¿Dónde están los hombres?	161
18. Los desarraigados	171
19. ¿Quién eres?	177
20. ¿Quiénes son ustedes?	185
21. He aquí mi secreto	193
22. ¿Qué buscarán?	203
23. ¿Y qué se puede hacer con esos cincuenta y tres minutos? .	209
24. Un tesoro escondido	217
25. Como un regalo	223
26. ¿Tienes un buen veneno?	235
27. Exactamente debajo de la estrella	245

INTRODUCCIÓN

El Principito («Le Petit Prince») es una obra poética llena de ternura y de imaginación, capaz de conmover a los niños y a los adultos. Pero también es una obra psicológica, filosófica –y hasta esotérica–, llena de enseñanza y de sabiduría. Por eso se le clasifica tanto en subgénero de literatura infantil y juvenil, como en el de novela corta filosófica.

Es un libro sencillo y entrañable y, al mismo tiempo, una alegoría profunda que contiene las claves, en primer lugar, para tomar conciencia del entorno social deshumanizado en el que viven los adultos, en medio de una civilización cada vez más sofisticada y contradictoria¹. En segundo lugar, es un cuento que nos lleva a entender el propio mundo personal, donde la infancia ha sido relegada tras el formalismo de una lógica igual de incomprensible.

Llevado de la mano del Principito, podemos viajar hacia otros planetas y adentrarnos en otro mundo más allá del mundo, viajar a las estrellas y tocar otra vez nuestros sueños de la infancia. Es la historia que nos identifica desde nuestro desierto, desde la soledad

1. Desde que fue escrito en el verano de 1942, no ha dejado de ser actual.



que nos rodea, y desde una melancolía que nos atrapa a veces sin saberla definir. Porque el pequeño príncipe extraterrestre, aunque humano, somos todos. Es el arquetipo del niño que llevamos dentro y que hemos desterrado a las esferas siderales del alma, para dar paso, sin sospecharlo, a la fría y ciega mirada del formalismo de los años.

Ese es el mensaje del autor, el mensaje del Principito, pues el mismo Antoine de Saint-Exupéry lo comunica con el lenguaje infantil y sabio de su propio niño. Así lo expresa su amigo León Werth (a quien le dedica el libro): «Saint-Exupéry no había extirpado de sí mismo su infancia». Sin embargo, después de escribir el libro, el propio autor confiesa: «Es muy curiosa la desesperación. Necesito renacer». Todos necesitamos renacer, recuperar el tesoro escondido de nuestra más remota infancia y volver a conectar con la esencia que habita en nuestro interior.

En consecuencia, el viaje del Principito es un viaje hasta llegar al pozo del corazón, a las fuentes del espíritu. He ahí la gran lección que encierra el cuento: seguimos sedientos porque no vemos con el corazón, porque no hemos aprendido a mirar con el alma y hemos dejado de buscar lo esencial.

Vivimos vidas superficiales, sofisticadas, desordenadas, y el efecto de este desenfreno e inconsciencia no es otro que el afán desmedido, las prisas y la falta de objetivos sinceros, el consumismo sin sentido y la insatisfacción permanente. Es el precio de la civilización donde se instala el mundo de los adultos, sin considerar que el abandono del niño interior y el descuido de las relaciones humanas, en pro del progreso y de las nuevas tecnologías, es realmente la pérdida de la vida auténtica. «¿Qué quedará de nuestra civilización –reflexiona Saint-Exupéry–, donde lo espiritual ha sido masacrado? ¿Qué quedará de nosotros si no sabemos alzar nuestro entusiasmo más allá de los monstruos de la mecánica, resultado del cerebro de nuestros ingenieros? Eso es, parece, la civilización». Y añade: «Esta civilización es idiota».



Y es idiota porque le falta conciencia, no inteligencia; le falta precisamente mirar con el corazón. Es idiota porque las vidas, dirigidas por mentes mecánicas, acaban siendo vidas mecánicas. Entonces, ¿dónde queda lo espiritual?, se pregunta el autor. Este es el secreto del zorro, el enigma de la serpiente y el misterio de un cordero que puede que se haya comido la flor.

* * *

«Cuando yo tenía seis años»

Primeros recuerdos e impresiones

La historia del Principito arranca en la misma infancia del narrador. Y lo primero que recuerda es la escena de un libro sobre la Selva Virgen, llamado *Historias Vividas*. En la memoria del autor hay una edad (seis años) y una imagen (una estampa). Su primera impresión es visual («vi una vez»). No recuerda una música, o un olor, ni siquiera unas palabras o un abrazo de parte de sus padres. Su recuerdo es la antesala de una realidad simbólica, aparente, que esconde otra realidad invisible.

La naturaleza puede parecer cruel a veces, pero no hace más que traducir el significado del libro de la vida que contiene, en cuyas páginas se escribe tanto la ferocidad como la ternura, tanto la necesidad inminente como la plenitud y la trascendencia. Es la lucha, en definitiva, entre el amor y la muerte, entre lo que crece y lo que perece, entre lo que permanece fiel a su esencia y lo que cambia bajo la influencia del entorno y deja de ser auténtico para convertirse en algo superfluo y artificial. Es el caso del niño que se muestra fiel a sus convicciones, en contraposición al adulto condicionado a seguir las convicciones de otros. Es el reptil del sistema que engulle la espontaneidad, la intuición y la creatividad del individuo en un formalismo riguroso y hasta hipócrita.



Por eso el origen de los recuerdos del autor son historias de la selva virgen, historias vividas sin que todavía la mano del hombre haya distorsionado el curso natural de las cosas. En el recuerdo primigenio del narrador no hay todavía civilización, no se busca lo políticamente correcto, pues aún no se ha levantado la barrera represora del adulto. La vida simplemente sucede, de forma natural, en su virginidad imaginativa, sin protocolos ni prejuicios que la sofocuen. Ahí se instala el niño, la inocencia, la candidez y la ternura, entre el juego y la magia de ver la vida desde el lado de la realidad invisible. Desde ese punto, la explicación de un animal que mata es porque tiene hambre o se defiende, y no, como el hombre, movido por la maldad.

Primeros símbolos

Según se relata en el Principito, existe, además del hombre, un único animal que puede morder solo por el placer de hacer daño. El narrador revelará al final del libro que se trata de la serpiente. Es, por tanto, un símbolo del mal que hay en la vida y toma forma en la intencionalidad perversa, capaz de matar las cualidades más sinceras. No obstante, ese mismo proceso también indica el dolor necesario que lleva a un despertar y a un cambio de conciencia, frente a la placidez de una digestión materialista cuyo resultado es vivir dormido la mayor parte del tiempo. El consumismo duerme al hombre. Entre la selva y la estrella queda el desierto, que es el lugar de aprendizajes y transformaciones.

Descubrimos al áspid venenoso que acecha en el desierto, esperando el momento como un heraldo de la muerte y, al mismo tiempo, de la renovación de la vida, por lo que también se constituye en un símbolo de ritos iniciáticos y de misterios y sabiduría (por eso habla siempre con enigmas). Y encontramos ahora, al inicio de la historia, una boa que caza en la selva, que no muerde, pero asfixia y, a la vez,



se duerme durante meses mientras hace la digestión. Es esa ignorancia y esa inconsciencia que lentamente engulle y que, al final, se convierte en la voluntad de dañar. La boa es el egoísmo que habita en la naturaleza humana.

Primera vocación

Aquella representación de una boa engullendo a su presa, a pesar de su crueldad, le resultó incluso preciosa al narrador cuando era niño, y confiesa que le impresionó hasta el punto de pensar mucho en las aventuras de la selva (posteriormente se haría aventurero como aviador). Por otra parte, esa misma impronta le despertaría el deseo de ser dibujante y pintor.

Esas dos facetas de aviador y dibujante no son más que dos caras del mismo deseo de ver por encima y más allá de las apariencias. Las dos herramientas capaces de trascender las circunstancias de la vida son la imaginación y la intuición, guiadas por la reflexión y la fe. La lógica solo explica cómo son y tienen que ser las cosas, no cómo pueden llegar a ser. En un proceso de mejora, sobre todo en medio de la necesidad, hay que aprender a ver las posibilidades, a creer en ellas, y no solo analizar las limitaciones. En medio de las crisis sobreviven aquellos que saben utilizar la creatividad y tienen el valor de aceptar los riesgos.

Así, nos dice, realizó su primer dibujo a la edad de seis años, que él consideraba su «obra maestra»: una serpiente boa que se había comido un elefante. Esta figura, desde la perspectiva de las personas «mayores», parecía lo que no era. Los adultos no comprendían su visión. Entonces realizó un segundo dibujo, donde se veía el elefante en el interior de la serpiente boa. Ahora veían el elefante, porque estaba exteriorizado.

A pesar de ello, parece que nadie elogió su interesante exposición pictórica, sino, al contrario, le hicieron desistir de su carrera de



pintor, aconsejándole que pusiera interés más bien en «la geografía, la historia, el cálculo y la gramática», cuatro disciplinas que le serán de mayor utilidad en la vida (de adulto) que el arte de dibujar boas y elefantes.

Primeras conclusiones

La primera conclusión que saca de esta experiencia es que las personas adultas no pueden ver más allá de lo que ven, porque están ciegas por una realidad que se basa en la medida y el protocolo, en la rutina y el registro. Lo que impera es lo que tiene que ser. Están llenos de datos y de números, pero carecen realmente de «historias vividas», pues no viven con imaginación, sino que todo lo intentan explicar por medio de la razón. Esto hace que no comprendan por sí solos las cosas y necesiten continuamente las explicaciones de los niños, para poder entender la vida desde dentro, desde el corazón. No obstante, el sentirse incomprendidos y tener que dar tantas explicaciones, no deja de ser un tanto fastidioso.

A esa temprana edad de seis años, pues, el narrador se sintió «descorazonado» ante el rechazo de sus dibujos y el consejo de los adultos de desistir de ese oficio poco práctico. El narrador refiere que abandonó esa magnífica carrera de pintor para elegir otro oficio, y así fue que aprendió a pilotar aviones. (No deja de ser curioso que, de no poder volar con la imaginación, quisiese volar con alas mecánicas).

Donde el niño ve «una preciosa estampa», el adulto necesita *explicar*; donde el niño muestra interés, los adultos aconsejan *abandonar*. El niño siente que su dibujo es su obra maestra y, a pesar de ser su primer dibujo, cree que tiene una «magnífica carrera de pintor»; sin embargo, los adultos le generan un sentimiento de fracaso y acaba descorazonado. Cuantas más explicaciones nos demos, más excusas pondremos para abandonar los sueños que nos alientan. Nos quedamos sin entusiasmo cada vez que no nos atrevemos a soñar,



a imaginar las cosas de otra forma, a intentar lo que nos parece magnífico. No necesitamos explicar lo que sentimos; simplemente tenemos que vivirlo.

El problema de los adultos: ¿por qué los adultos no comprenden a los niños?

El problema radica en que los adultos no comprenden el mundo de los niños, y estos se decepcionan. La causa es que los adultos solo pueden entender lo que ven, lo que pueden medir, tocar, calcular, comprobar. Y a eso le llaman *realidad*, porque la realidad para ellos es ser prácticos y tratar de controlar el mundo, explicar la vida desde el punto de vista de la lógica. Pero la cuestión no deja de ser un tanto estéril y aburrida, por cuanto la vida se reduce a los números y a los datos útiles, ignorando las historias de serpientes boas, de selvas vírgenes y de estrellas.

Los adultos se han convertido en coleccionistas de historias, pero no son historias *vividas*, sino historias razonables «del bridge, del golf, de política y de corbatas», es decir, historias de entretenimientos, de deportes, de sociedad y de moda; pero carecen de imaginación, de entusiasmo, de esperanza y de fe. Así es el mundo de los adultos.

El narrador confiesa que, a la edad de seis años, abandona su temprana pasión por los lápices de colores, para aplicarse a otro oficio más acorde con la visión de las personas mayores. O mejor dicho, en lugar de abandonar, hace lo mismo que en su dibujo: esconde su ilusión tras la apariencia de *un sombrero* que todos puedan ver, el sombrero de la lógica y del sentido común de adulto. Hay muchas profesiones «boas» que han engullido al elefante de la vocación verdadera.

Más tarde, siendo ya piloto, el narrador refiere que ha viajado por casi todo el mundo y que se ha relacionado con mucha gente. Si bien algunas cosas que le aconsejaron los adultos le han sido de mucha



utilidad para su profesión actual, el concepto que tenía de ellos a la edad de seis años no ha cambiado. Ha tenido ocasión de practicar aquello que le aconsejaron, y también ha tenido oportunidades para observar muy de cerca a las personas.

Aunque abandonara el ejercicio de su primera vocación, siempre conservó sus dos dibujos, los cuales seguía mostrando, con la misma respuesta por parte de las personas mayores. Esto nos habla de la importancia de tomar algún recuerdo de la infancia como elemento de conexión con nosotros mismos, con el fin de que la edad adulta no nos absorba completamente y la adultez acabe en idiotez. Porque, ciertamente, idiotez para el autor de *El Principito* era crecer y dejar el ropaje de la infancia, para configurarse a la imagen y semejanza de una civilización robotizada, deshumanizada, situada en las afueras del alma.

Efectos colaterales

A pesar de que algunos adultos parecían inteligentes, nunca llegaban a comprender por qué una boa que se come un elefante no es un sombrero. Siempre obtenía la misma respuesta. Entonces, se olvidaba de sus inquietudes y hablaba de los intereses ajenos. A veces es conveniente, y hasta necesario, olvidarnos de nuestro propio mundo interior y comportarnos como hombres y mujeres «razonables», para intentar entrar en el mundo de otras personas mayores. Ahora, esto suele tener un inconveniente: no encontrar a nadie con quien poder hablar *verdaderamente*.

Cuando no se habla «verdaderamente», y nos limitamos a hablar de cosas que suceden y no de cosas que nos suceden, la relación se convierte en algo razonable, pero distante, pues cuando no se habla «verdaderamente», no hay conexión. Y no hay conexión porque no hay contacto verdadero de tú a tú, sino de un yo a otro yo, razonando desde el ego, desde la mente de adulto, desde la posición de persona



mayor a persona mayor, entre la superioridad y la superficialidad. Esto significa que los adultos se han habituado a ver la vida desde una sola parte del cerebro (lo racional, lo lógico) y han olvidado mirar con ojos de niño (la intuición, la imaginación, el inconsciente).

Cuando no se va al otro desde el corazón, desde la sinceridad del alma, no puede haber intimidad y, por tanto, no puede haber una verdadera amistad, pues la verdadera amistad no consiste en tener contactos, sino en la creación de vínculos de afectividad y confianza. Este es el proceso de domesticación, de vinculación afectiva, que luego le revelará el zorro.

La consecuencia de no hablar «verdaderamente», no es otra que la soledad. La soledad es lo contrario a la amistad. Por eso el narrador comienza el capítulo dos confesando que, aunque ha estado con mucha gente, e incluso los ha visto muy de cerca, ha vivido solo, sin amigos verdaderos. La soledad es una consecuencia de la falta de comunicación del alma. Ahora, la paradoja es: si en la era moderna de las nuevas tecnologías se pueden abrir tantas vías de comunicación, ¿por qué hay tanta gente que se siente sola, a pesar de tener ese recurso al alcance de la mano? Porque, aunque se puede contactar y hablar con la otra parte del mundo, sin embargo, no se habla «verdaderamente» con nadie. Muchas veces, ni se conoce realmente a la pareja. Porque, como enseña el zorro, solo se puede conocer bien aquellas cosas que se domestican.

Así que pasamos la vida escondidos tras la máscara estereotipada de adulto, habiendo desterrado al niño que fuimos a un pequeño planeta lejano, más allá de las estrellas. Nuestra vida queda reducida y se desarrolla, sin saberlo, entre los cuatro puntos cardinales del conocimiento, en pro de la utilidad: el mapa, el registro, la medida y la consigna. Por eso es más interesante para un adulto la geografía, la historia, el cálculo y la gramática, menospreciando los dibujos imaginativos y las preguntas de los niños.



El mundo de los asteroides

Las personas que solo viven para esos menesteres prácticos y utilitarios, y hacen de ello el fundamento o el fin de sus vidas, se configuran en habitantes propios de un mundo aparte que solo existe para ellos mismos (los asteroides). De ahí que encontremos a personajes como un rey (siempre sentado en su trono con aires de autoridad), un hombre de negocios (que no para de contar), un farolero (que no para de trabajar por atender a una consigna absurda) y un geógrafo (que nunca sale de su despacho). Sin darnos cuenta, podemos convertirnos en súbditos (o tiranos), en ambiciosos (sin tiempo para disfrutar), en afanados (sin tiempo para descansar), o en teóricos (nunca exploradores).

Por otra parte, cuando deseamos que nos reconozcan y busques el aplauso, nos quedamos en el asteroide que habita el vanidoso, siempre sediento de la aprobación ajena. De otro lado, cuando queremos olvidarnos de nosotros mismos y recurrimos a algún vicio o conducta evasiva, nos vemos atrapados en el mundo del borracho, que representa la esclavitud de las adicciones.

Son, en conjunto, los seis personajes con los que el Principito se encontrará en su periplo por los planetas-asteroides y que quedan recogidos en los capítulos diez al quince.

Recursos para revertir la seriedad de la lógica de adulto

En contraposición a lo meramente objetivo y material que, tarde o temprano, nos lleva a un razonamiento autoexpiatorio y a una lógica cerrada, existen dos actividades afines al Principito y a todo niño: el dibujo y las preguntas. Estos son los dos conectores más poderosos del inconsciente. Por lo cual, para recuperar aquello que fuimos cuando teníamos seis años, tenemos que retomar el dibujo (sin complejos) y el arte de hacernos preguntas (con mucha curiosidad),



lo que se traduce en trabajar la expresión y la reflexión: «Ello me llevó a reflexionar mucho sobre las aventuras de la selva y a la vez logré trazar mi primer dibujo, con un lápiz de color».

De lo anterior se deduce que, si la reflexión es mucha y esta se distancia del color que conviene añadir a nuestra vida, nos volveremos rígidos, demasiado serios, «razonables» y, finalmente, encorsetados en los trajes grises de las personas mayores. Por el contrario, cuando coloreamos nuestros momentos serios con lápices de colores interiores, sin dejar de reflexionar de lo que nos impresiona y sacando lecciones provechosas de aquello que nos pasa, nos estaremos dando permiso para vivir la vida como una gran aventura.

Observemos que la toma de contacto del narrador con los adultos es a través de un dibujo que él les muestra, y el encuentro del Principito con el narrador se inicia, precisamente, pidiéndole con insistencia que le haga un dibujo. Aprender a vivir es aprender a dibujar nuestra vida con los pinceles del alma, más allá del velo de las apariencias. Y, aunque hay situaciones que aparentan peligro e infunden rechazo o pánico, como los ofidios, no son más que un dibujo o proyección de la mente, como hay cajas cerradas en las circunstancias de la vida que mantienen la expectativa y hay que saber interpretar con la imaginación.

En el primer caso, como sabemos, se trata de una boa; en el segundo, de una caja que contiene un cordero. Esto no deja de ser significativo, ya que la boa provoca temor y el cordero inspira ternura. Las serpientes son peligrosas (representan la maldad y la muerte) y hay que alejarse de ellas (de hecho, al final, una serpiente morderá al Principito), mientras que el cordero simboliza la inocencia.

Sin embargo, con la mordedura de la serpiente, el Principito puede regresar a su planeta (representando así la sabiduría ancestral y el renacer cíclico del mundo), a la vez que el cordero puede llegar a comerse la flor que cuida el Principito (por lo que representa también



la inocencia perdida, es decir, la conciencia del bien y del mal por la que se rigen los adultos).

La influencia bíblica

No es casual que estos dos símbolos que escoge el autor para su obra, la serpiente y el cordero, sean los dos símbolos bíblicos por excelencia de lo perverso y de la redención. Por eso la voluntad que obra el mal exige limpieza, y el requisito de esta purificación es el agua, imprescindible para la sed del desierto del alma, buena y necesaria también para el corazón cansado.

Saint-Exupéry no era desconocedor de la Torá (recordemos que su mejor amigo, a quien dedica el libro, era judío), ni de la Biblia o de la Cábala en su conjunto, pues cuando descubre las Sagradas Escrituras a la edad de dieciocho años, le impacta tanto su lectura que escribe emocionado a su querida madre las siguientes palabras: «Acabo de leer un poco la Biblia (...). ¡Qué potencia de estilo y qué poesía! Por doquier el sentido de la moral resplandece a sus utilidades».

A Saint-Exupéry, sin ser creyente en el pleno sentido de la palabra, le resulta útil el valor moral de la Biblia, que sin duda aplicará a la hora de redactar su obra², aunque sin llegar a ser moralista (él mismo confiesa en el capítulo cinco que le molesta adoptar la actitud de un moralista), ni podemos catalogar el cuento como fábula (pues, aunque su personaje hable con la Naturaleza, carece de moraleja). De manera que, aunque influido por el simbolismo bíblico, no tiene por finalidad una exhortación moral, sino una enseñanza práctica que invita a considerar la forma de vivir de los adultos desterrados de su paraíso de la infancia.

2. Aunque el Principito como personaje ya había sido concebido años antes en la mente y en el corazón de su autor, el cuento en sí fue una propuesta de la editorial Reynald & Hitchcock de Nueva York, como cuento de Navidad, siendo su publicación posterior a esta época (en abril de 1943).



El contrapunto

A la edad de seis años, la impresión del narrador no es otra que una boa que se come un elefante, y su preocupación es mostrársela a los adultos para comprobar si su dibujo les da miedo. Por su parte, la primera pregunta que hace el Principito al narrador es: «¿Crees que coma mucha hierba este cordero?». Ambas hacen referencia, pues, a la comida de la boa y del cordero, es decir, de un elefante y de la hierba.

Tengamos en cuenta que el elefante es el animal terrestre más grande que existe y simboliza, entre otras cosas, el poder. La hierba es el otro lado del poder, es decir, la sencillez. Los elefantes son herbívoros (el poder se alimenta de lo sencillo). Sin embargo, es el cordero el que tiene que comerse la hierba, sobre todo la mala. Así también, la bondad y la sinceridad tienen que reinar sobre la insensatez y la superficialidad de la vida material y consumista; la verdad ha de regir sobre el autoengaño y la apariencia. Cuando esto no es así, y la hierba mala que brota se deja crecer sin control, al final todo se llenará de raíces autodestructivas, con el consiguiente caos personal. Es decir, si no controlamos los malos hábitos, estos nos controlarán a nosotros.

A su vez, la serpiente simboliza a menudo la sabiduría (ancestral y universal). Quiere decir que el poder, por sí mismo, desemboca en dictadura, orgullo y vanagloria. Por eso tiene que ser engullido por la sabiduría. Cuando esto ocurre, el poder se transforma en justicia y en dominio propio. Como apuntó Sócrates: «El hombre más poderoso es el que es dueño de sí mismo». El poder mal ejercido, sin dominio propio, convierte a los hombres en los personajes excéntricos de los asteroides, los cuales son también habitantes de la Tierra. A menudo se confunde edad con madurez.

La representación que hace el narrador cuando tenía seis años es una imagen propia de «la selva», lo que simboliza la vida infantil: instintiva, emocional, intuitiva. Por el contrario, cuando ya era



piloto, hace notar su relación con las tierras «civilizadas», lo que hace referencia a la vida del adulto: control racional, pragmatismo, sentido común, la imposición de las reglas. Con frecuencia también se confunde progreso con civilización.

El reto

El narrador apunta que, en la vida práctica de adulto, una de las disciplinas aconsejadas se basa en el dibujo; es la geografía, conocimiento que utilizan los mapas. Por eso dice que, gracias a ella, podía reconocer «al primer vistazo» una tierra y distinguirla de otra. Además, añade, ya posicionado desde la perspectiva de piloto: «lo cual es de gran ayuda en caso de que uno llegue a encontrarse perdido en la oscuridad de la noche». Esto es interesante, pues, cuando uno está perdido, confundido, desorientado en la vida, lo que imperan son los mapas de supervivencia, los esquemas de la vida básica que tengamos aprendidos. De ahí que sean tan numerosos los libros de autoayuda y los guías «espirituales», por cuanto hay muchos que han olvidado vivir desde el corazón.

Cuando estamos en esa oscuridad de la noche, que es la oscuridad del alma, tenemos que preguntarnos: ¿Cuáles son las coordenadas que sigo? ¿Cuáles son las creencias que me dirigen? Y echar mano de las convicciones que tengamos. En palabras de Saint-Exupéry: «Lo importante es actuar y establecer en uno mismo el punto de referencia»³.

De lo que se trata, en definitiva, es de remontar el vuelo, de superar las condiciones en la medida de nuestras posibilidades y no quedarnos anclados en el desierto de nuestra soledad o victimismo. Para ello hay que reflexionar, mantener el empeño en reparar las averías o errores de nuestras propias historias vividas y actuar. El objetivo

3. Entrevista de 1939, cuando le otorgan el Premio de la Academia Francesa por su novela *Tierra de hombres*.



—y el reto—, desde la visión del aviador aventurero, será el siguiente: *cómo aprender a pilotar nuestra propia vida.*

El arte de pilotar la propia vida implica encontrar el propósito por el cual hemos venido a este grandioso planeta llamado Tierra.

Y ¿cómo se aprende el arte de pilotar nuestra vida? Sencillamente, adoptando la perspectiva del Principito: levantando los ojos hacia el cielo y preguntándonos «si las estrellas se iluminan con el fin de que, algún día, cada uno pueda encontrar la suya».

El mensaje del Principito es simple: *Busca tu propia estrella.*

